

Irán

UN CAMBIO EN EL MUNDO

JUAN ALDEBARAN

LA "revolución coránica", la "República Islámica", son términos demasiado vagos —por su amplitud— para encerrar lo que está pasando en el Irán, en los pueblos del área. Las dimensiones son diversas. Y conviene ponerse en guardia contra interpretaciones tópicas que podrían no permitir ver toda la profundidad de lo que está sucediendo.

La revolución en marcha

Uno de los aspectos más visibles, por la intención que se pone al relatarlo, es lo que se llama "caos". Este aspecto es común a todas las revoluciones surgidas del "fuego de la acción colectiva efervescente", como decía Gurvitch. Desde fuera y desde dentro de la revolución se busca un esquema de unicidad, cuando en realidad es la coincidencia de una serie de propósitos y de expectativas contra algo que produce una represión común. El modelo clásico es la Revolución francesa. "La revolución es un acto de emancipación humana y social" (Rappoport, "Enciclopedia socialista") en la que cada participante puede tener una idea diferente de cómo conseguir esa emancipación. En Irán se mezclan la fuerza de una religión que el Sha trató de desvirtuar, un espíritu islámico oprimido por Occidente desde hace siglos, la sensación de una riqueza propia explotada en beneficio de otros países y de una oligarquía, el cruce del enfrentamiento entre la URSS y los Estados Unidos, un largo trabajo marxista, una tendencia socialdemócrata. La lucha se ha concentrado en una figura y una contrafigura: la del Sha, como enemigo común, y la del "ayatollah" Jomeini, como capaz de movilizar los elementos contrarios. Es lógico que, terminada la tiranía, cada una de estas fuerzas intente arrastrar la revolución hacia su propio objetivo. Es la sensación de "caos". Que en realidad es el intento de sustituir un orden caduco por otro todavía no establecido.

La letanía de las sorpresas

Surgen otros tópicos que se acogen como sorpresas, y que no debían serlo. Uno de ellos es que, una vez que se había considerado que las revoluciones eran imposibles en los Estados modernos, parece increíble que estalle y venza una revolución en uno de los Estados que estaba mejor vacunado para defenderse de ellas. Otro es el del medievalismo: la aparición de móviles y de estímulos que parecen propios de la Edad Media, simbolizados por un personaje que parece surgido de una ilustración de libro de Historia. No menos sorprendente, en apariencia, es que Estados Unidos, que tiene intereses primordiales en el Irán, económicos y estratégicos, no haya advertido el riesgo en el que se encontraba el país protegido y no haya sido capaz de preverlo; que haya apoyado hasta el último momento al Sha.

La revolución posible

Sin embargo, las revoluciones no cesan de producirse en el mundo. ¿Por qué ha de sorprender una más? Estamos acostumbrados a considerarlas desde un punto de vista europeo donde las revoluciones, ahora, no son necesarias; pero no hace aún cinco años que se produjo la de Portugal. Cuba, Vietnam son revoluciones que conocen todas las generaciones vivas. Las revoluciones, de derecha o de izquierda, no han terminado, no son un capítulo cerrado. Si en un país europeo vuelven a producirse las condiciones de miseria y de indignidad que dan origen a una revolución, ésta volverá.

Medievalismo

La sorpresa del medievalismo procede de la idea errónea de que la Historia progresa como un río y que la Humanidad es un tejido continuo. Por el contrario, progresa como una goma elástica que se estira, a partir de un

punto fijo. Hay pequeños grupos en el mundo que viven todavía en la Edad de Piedra; hay pequeños grupos que viven al borde actual del tiempo. Desde cualquier punto de observación veremos sociedades que consideramos más atrasadas que nosotros, y otras que son nuestra imagen de futuro. Dentro de un mismo país se dan estas diferencias: en los Estados Unidos hay cientos, quizá miles de años de diferencia entre las reservas de indios y Cabo Cañaveral; hay todavía una separación mayor en Brasil entre las tribus amazónicas y Brasilia. La revolución del Irán acoge en sí misma distintas dimensiones de tiempo y de ideal. Es erróneo considerar la Edad Media por una imagen de turbante, barba y chilaba; el medievalismo estaba, quizá, más presente en el Sha y su Corte, vestidos a la moderna usanza europea. Si la tiranía mantenía el país en un tiempo, la respuesta a ese tiempo está dentro de su propio cuadro. Por otra parte, el arcaísmo en política es el mismo —tiene la misma utilidad o la misma inutilidad—, sea cual sea la "edad" en que surja, aunque una y otra estén separadas por varios siglos. Lo que se consideraba científico, en política, en el siglo XIX, puede ser tan útil o tan inútil como el Corán para organizar una sociedad que ya está lejos de las premisas originales. Ideas económicas que eran válidas en la posguerra no lo son hoy. Pero pueden renacer otras más antiguas todavía.

Los tiranos y los Estados Unidos

El apoyo de un Imperio a un tirano local para asegurarse su conformidad o su apoyo es antiguo. Los Estados Unidos no han dejado de practicar esta política, salvo breves interrupciones. En muchos casos han pagado su error. Apoyaron a Batista y se encontraron sin Cuba; a Nuri Es-said, y se les fue el pacto de Bagdad; a Ngo Dinh-diem, y se quedaron sin el Vietnam; ahora a

Pol Pot, y se les ha quemado Camboya. Pero no es una ley fija: en otros países, la política del tirano ha seguido dando resultado. Hay dos filosofías opuestas en Estados Unidos: aquella que cree que, teniendo el máximo de fuerza, hay que jugar la política de fuerza y no deslizarse a otro terreno en el que se pueda perder, y la que estima que esta es una política suicida y que lo que hay que hacer es fortalecer democracias que sean reflejos del régimen mismo de Estados Unidos, y hacerlas depender de él por los bienes recibidos. Kennedy fue el primero que, en la posguerra, quiso practicar esa política: le mataron. Carter intenta hacerla, por medio de las democracias controladas y de la doctrina de los "derechos del hombre"; pero no es él solo el poder y, en último caso, en él mismo juega el miedo de perder la baza de la fuerza. Hay poca sorpresa en esta cuestión: Estados Unidos, una vez más, han jugado la baza del tirano, y una vez más la han perdido.

El "arco de la crisis"

Puede ocurrir que el pago que tengan que hacer por este error sea más elevado que el que tuvieron que hacer en el Vietnam —y todavía lo están pagando—. El valor potencial del Irán como productor de petróleo, como país-muro frente a una frontera soviética, como eje en todo el oriente árabe, como puerta de Asia, como país exportador de valores espirituales, es inmenso. Está en el centro de lo que Brzezinski define como "el arco de la crisis". Si se pusiera una punta de compás en el Polo Norte, sobre un mapa global de Eurasia y África, el arcómeco comenzaría a ser trazado en Marruecos y terminaría en Corea. El grupo Marruecos-Sahara-Argelia, influido e influente sobre Túnez y Libia, en lo que un día —el de la independencia— quiso ser el Gran Maghreb árabe; el grupo Egipto-Israel-Siria-Irak-Líbano y, más abajo, el de Etiopía-Eritrea-Somalia; el de Turquia-



La sensación de caos que vive hoy el Irán es en realidad el intento de sustituir un orden caduco por otro todavía no establecido.

Irán-Arabia Saudita-Jordania-golfo Pérsico-Afganistán-Pakistán-India; el de Península Indochina-Filipinas-Taiwán; al otro lado de China, el tema de las dos Coreas. Cada uno de estos grupos cabalga sobre el otro o los otros fronterizos; les pasa sus problemas y recibe los suyos. La situación del Irán en esta zona inmensa es especialmente influyente. Participa de los problemas de Asia, de los de los países árabes, de los del petróleo y de los fronterizos con la Unión Soviética.

Las constantes revolucionarias

Hay unas constantes revolucionarias en todo este arco de crisis que se influyen unas sobre otras. Es una de las zonas del mundo donde el hambre y la miseria son mayores —en distintas gradaciones, naturalmente— y en las que se es más sensible al arrastre histórico de haber poseído un Imperio y verse en una situación colonial. La caída de la educación y de la instrucción es mucho más fuerte que en América Latina —donde hay un movimiento culto, intelectual y político muy importante—, pero puede ser sustituido con las fórmulas intelectuales de la religión. Puede decirse que el Islam abarca con mayor o menor fuerza desde Marruecos hasta la misma China, e incluso en la URSS. La fuerza con que el musulmán vive su religión es mayor que la del católico o la del protestante. Quizá ciertas ideas disolventes —científicas, literarias, filosóficas— no la han perturbado; por el analfab-

etismo, por la barrera del idioma, por la postración económica, por la negativa de instrucción de las potencias coloniales. Los distintos regímenes que se han ido estableciendo, desde el feudalismo hasta formas del socialismo, han tenido que respetar la fe; cuando han intentado experiencias en otro sentido, han fracasado. Lo que han tratado de hacer es adaptar el Corán al Estado, o viceversa.

La figura del "ayattollah"

Jomeini es el primero que, en la Edad Moderna, ha dado rostro y capacidad triunfal a esa religión. Su antecesor fue Nasser, pero sólo sobre el mundo árabe, y sobre todo como dirigente civil. Jomeini no se ha mostrado nunca más que como un jefe religioso, como un signo de Alá, como un intérprete de la voluntad divina. La realidad es que es un gran político, con un sentido de la oportunidad y de la acción extraordinarios y con una capacidad para disimular las concesiones y para dar énfasis a las victorias. El "ayattollah" desborda hoy la simple medida del patriarca chiíta: su influencia se extiende sobre todo el mundo musulmán. Representa la victoria sobre la tiranía y sobre el poder de Occidente, y el advenimiento de la justicia. La velocidad con que, a partir del Pakistán, se ha querido erigir la fuerza sunnita, como opuesta a la chiíta, no va a tener demasiada viabilidad. Pero la figura del "ayattollah" y su triunfo en el Irán influye también en todo lo que llamamos el Tercer

Mundo. No es de desdeñar que la nueva dureza de Méjico frente a Carter —con toda la enorme distancia de todas clases que hay entre Méjico y el Irán— surja de la misma pérdida de prestigio que ha dado a Estados Unidos la pérdida del Irán.

La situación de Irán

Lo que se llama "caos" en Irán es, por ahora, un asentamiento de las fuerzas revolucionarias y unos últimos combates de las contrarrevolucionarias. Los encuentros armados que suceden todavía entre los que se llaman partidarios del Sha y revolucionarios de Jomeini se debe, sobre todo, a la lucha por la vida y contra la represión de los amenazados: la ejecución sumaria de cuatro generales alentará aún más esta última defensa propia, en la que no puede estar ajeno un movimiento de la CIA para sostener hasta el límite de lo posible una contrarrevolución. Estados Unidos ha hecho un doble movimiento frente a la revolución: uno, el del reconocimiento inmediato y el diálogo con el nuevo Gobierno; otro, el de movilización de tropas en las bases próximas y la visita a la zona del secretario de Defensa, Brown, para fortalecer los países amigos dentro del arco de la crisis. Una tercera gestión es la diplomática: las conferencias del embajador de Estados Unidos en Moscú con Gromyko para estudiar la situación en Irán y para protestar por lo que consideran el estímulo soviético al sentimiento antiamericano. Esta gestión tiene, sobre todo, la razón de desviar la culpabilidad hacia la URSS. La cual

no se ha sentido menos sorprendida por lo sucedido en el Irán. Sus primeros movimientos políticos fueron reprobatorios o restrictivos con respecto a la revolución: temía el contagio a los musulmanes de sus Repúblicas fronterizas y una intervención armada americana. Y no sabía quién iba a ganar. En el reconocimiento y apoyo al nuevo Gobierno se ha adelantado a Estados Unidos. Estaba menos comprometida —o no estaba comprometida en absoluto— con el Sha y trata de convertir la situación en favorable. Puede llegar a hacerlo. Lo probable es que, por ahora, la revolución iraní se concentre en torno a Jomeini y su Gobierno, llegue a asentarse pese a los intentos extremistas y a la contrarrevolución. Lo que no es posible predecir es el tiempo que durará o si, ateniéndonos siempre al modelo de la Revolución francesa, que apenas ha cesado de repetirse en el mundo, "devorará a sus hijos" y ocasionará cambios profundos.

El mundo en torno

La influencia en el mundo en torno va a ser decisiva. Sobre todo en cuanto se refiere a tres temas: los regímenes no populares de los países musulmanes, la modificación en el sistema de reparto y precio del petróleo, el revolucionarismo asiático. Nada pasa hoy en un rincón del mundo sin repercutir en otros. Si el Irán no es un rincón, sino un centro, la repercusión puede ser inmensa. En una Europa en plena crisis social, con movimientos huelguísticos importantes, una nueva carestía, una escasez de las materias energéticas pueden fortalecer la reaparición de la lucha de clases. La política imperial de los Estados Unidos puede sufrir una sacudida fuerte: o se inclina por apresurar el tema de las "democracias controladas" —que durará lo que dure— y apresura movimientos de ese tipo en todo el Tercer Mundo o, por el contrario, prevalece la idea de dureza. No sería extraño, en este último caso, que Carter y los demócratas perdieran las próximas elecciones y fueran sustituidos por un Gobierno republicano duro, que paralizara la "apertura útil" que intenta hacer Carter. Porque todo el orgullo demócrata y carteriano de haber realizado, en este período, una "contención" de la URSS y una conversión de China se está viniendo abajo a pasos agigantados. ■